



¿EL ODIO, UNA CONSTANTE?

José Antonio Primo de Rivera fue fusilado el 20 de noviembre de 1936 en el penal de Alicante, tras la condena de un Tribunal Popular; llevaba encarcelado desde marzo de ese año. Fue enterrado en una fosa del cementerio alicantino, bajo los cadáveres de los cuatro ejecutados con él (dos falangistas y dos requetés). Liberado Alicante, fue trasladado a un nicho del mismo cementerio y, acabada la guerra, trasladado al Monasterio de San Lorenzo de El Escorial durante diez días, a hombros de falangistas. En 1959, un nuevo traslado: a la Basílica del Valle de los Caídos, y depositado frente al altar, en un lugar de honor.

Ahora, en 2023, el Gobierno español, en aplicación de la llamada memoria democrática, había decidido una nueva exhumación, y el 24 de abril, coincidiendo con el 120 aniversario de su nacimiento, un acuerdo de la familia decidió enterrarlo en el cementerio de la Sacramental de San Isidro de Madrid.

José Antonio fue fusilado con el “enterado” del líder socialista Francisco Largo Caballero, presidente de la II República durante el gobierno del Frente Popular; es decir, bajo un gobierno del PSOE. Y ahora, el mismo PSOE decidió profanar su sepultura en Cuelgamuros. Sobran los comentarios y nos remitimos al título: el odio parece ser una constante, que traspasa el tiempo de los 86 años.

EMILIO SEGARRA GUARRO

MI PRIMERA GUARDIA

Hace justamente dos días que se han cumplido 60 años de aquella emocionante guardia. Porque lo cierto es que este humilde firmante, a sus 19 abriles, antes de realizar el servicio militar, ya tuvo la experiencia y la emoción de hacer una solemne guardia de honor junto a la lápida del sepulcro de José Antonio, en la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.

Ignoro cómo y cuándo se adoptó la norma, pero sí supe que, en aquellos tiempos, cada semana acudía a dicha basílica la representación de una provincia distinta para celebrar solemnes actos religiosos en memoria de los Caídos de nuestra Cruzada. En esta ocasión le correspondía a la provincia de Barcelona.

Ciertamente, yo carecía de experiencia en ceremonias de este tipo. Simplemente había participado, en muchas ocasiones, en aquellas sencillas ofrendas que se hacían ante la cruz de los Caídos en nuestros campamentos, a la hora del crepúsculo, en plena naturaleza, con un silencio emocionante. Sin embargo, en aquella ocasión, alguien decidió que la guardia de honor, durante los actos religiosos, debía realizarla los representantes del Frente de Juventudes; éramos seis muchachos uniformados con las prendas propias de los Cadetes de la Organización Juvenil Española de la época; una Escuadra de jóvenes ilusionados y esperanzados, metidos en las tareas de construcción de un futuro mejor para todos los españoles.

CONTINÚA